



Año XLVIN

Orhuela 15 Marzo de 1931

Num. 1134

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

El gran demócrata

Masones y liberales, revolucionarios y socialistas; demócratas de todas clases y condiciones; todos los que habláis de república, comunismo y liquidación social desde la mañana hasta la noche: todos los que soñáis con la revolución eterna único remedio según vosotros para curar los males del pueblo y conquistar sobre la tierra el reinado de la *justicia* y de la *civilización*; oídme, que tengo a mano un modelo de demócratas y quiero presentároslo.

Se trata de un hombre joven, sano, robusto, tal vez hermoso, tal vez muy rico, en quien tenía cifradas sus esperanzas la familia que le crió.

Un día ese hombre siente dentro de su corazón un fuego extraño; el fuego del amor a la justicia, a la verdad, al sacrificio, al bien de sus semejantes y rompiendo todos los lazos que le sujetaban, renunciando a sus riquezas, a su fortuna, a su porvenir, a su carrera, a los legítimos goces del matrimonio, a las caricias de sus padres y a cuanto pudiera halagarle sobre la tierra, lo abandona todo, se viste como un pobre y se entrega al servicio de la república; es decir, al servicio de los demás.

¿Qué os parece el tipo?; ¿os gusta?

—¡Magnífico!

—Pues, escucharme; aún os gustará más.

El ser de quien os hablo es un hombre que ha jurado con todo su corazón servir al pueblo sin pedirle

jornal por sus trabajos; es un hombre que educa a los hijos de los pobres, tal vez con más solicitud que a los de los ricos; es un hombre que no teniendo nada, aun la limosna que recibe la parte con el pobre cuando el pobre tiene hambre; es un hombre que en tiempos de epidemia abandona su humilde morada, y lo mismo de día que de noche se constituye al lado de los apestados para auxiliarlos en todas sus necesidades; es un hombre que en tiempos de guerra corre a los campos de batalla, avanza hasta las primeras filas, socorre a los heridos, auxilia a los moribundos, entierra a los muertos y si es necesario sacrifica su vida por salvar la de sus semejantes; es un hombre que en tiempo de paz se sepulta en las bibliotecas, y pasando allí encerrado días, meses y años, escribe libros; estudia, lee, medita, trabaja y todo sin más fin que ilustrar al pueblo en el conocimiento de la verdad; es un hombre que por extender la luz de la verdadera civilización, recorre las más lejanas tierras, penetra en los bosques, atraviesa los desiertos, se expone a mil peligros y no pocas veces pierde la existencia bajo el hacha del salvaje; en fin es un hombre, que, entregado en cuerpo y alma a servir la causa de la justicia, de la verdad y del bien, que ha sido siempre la causa nobilísima del pueblo, no teme defender públicamente su santa bandera. Abrazado a ella anatematiza el egoísmo, las pasiones, los vicios, las maldades, las tiranías, las injusticias y cuando perseguido

por los hombres corrompidos que le aborrecen, se ve precisado a huir, lo hace con la sonrisa en los labios bendiciendo a sus mismos perseguidores.

—¡Magnífico tipo! ¡héroe sublime! ¡decidnos donde está!

—Miradlo; por allí viene.

—¡¡¡Horror!!! ¡¡¡Un... un fraile!!!

—Un fraile, sí: ¿de qué os asustais?

—De...de...

—Yo lo diré; no os precipiteis. Os asusta ese fraile, porque es mejor demócrata que vosotros; porque defiende la *libertad del bien* y vosotros queréis la *libertad del mal*; porque practica la pobreza, y vosotros queréis las riquezas; porque recomienda la obediencia y vosotros queréis la rebelión; en una palabra, porque su bandera es la bandera de la verdad, la abnegación y la virtud; y vuestra bandera es la iniquidad, la mentira y el egoísmo.

¡Ah! librepensadores y masones revolucionarios y socialistas, comunistas y liberales de todas clases y condiciones, todos los que soñáis con la revolución eterna como único medio de conjurar los males del pueblo, si vuestros pensamientos y vuestras obras fuesen como las de ese fraile aborrecido, ha mucho tiempo que los males del pueblo estarían conjurados; porque realizada la revolución en vuestros corazones, que es donde primero necesitáis realizarla, pronto quedaría establecido en el mundo el reino de la paz universal.

O lo que es lo mismo: la soberanía social de Jesucristo, que es la verdadera *República modelo*.

ADOLFO CLAVARANA.

El ateísmo organizado

Lo nuevo en la organización del ateísmo es su unión con el ateísmo ruso. Sabemos ya que los ateos rusos quieren extender su acción a todo el mundo civilizado. Desde Berlín y Viena quieren ejercer su actividad sobre las demás naciones. En Alemania y en Austria fundan centros combativos que harán lo mismo que en Rusia. Para esto tienen una ayuda importante en las uniones de los librepensadores alemanes y austriacos. Hay dos clases de organizaciones de librepensadores en Alemania, una socialista y otra comunista. La más numerosa es la socialista, que cuenta con 600.000 socios. La comunista que está ya en íntima relación con los ateos rusos, cuenta sólo con 100.000 socios. Son, pues, 700.000 proletarios ateos, organizados en Alemania y Austria. Muchos partidarios tienen en la república Checoslovaca, donde los comunistas se han adherido también a las doctrinas de los ateos rusos. En Francia, Bélgica, Suiza, Polonia y los Estados Unidos, existen también uniones de librepensadores organizados, que trabajan con los rusos para el mismo fin. No se sabe si existen en España artículos en que se afirma que el movimiento revolucionario español tiende a los fines de Moscú y trabaja junto de acuerdo con los rusos. Quien quiera saber algo de esos artículos los hallará en la serie de la Pravda, donde yo los leo, con gran asombro mío.

Se trata, pues, de un movimiento internacional que ya existe, en una forma concreta, en Europa, y que reviste un peligro muy grande. Los rusos no tenían más que reunir todas las organizaciones aisladas y darles un empuje general para lograr sus fines. Urge mirar atentamente los esfuerzos de todos los izquierdistas contra la religión, y sus estratagemas para destruir el sentimiento religioso en los ánimos de los jóvenes.

Lo que durante tantos años se sembró en las universidades europeas y en las empresas editoriales da ahora sus frutos. El materialismo científico y el agnosticismo creado en las cátedras de las Universidades, se han

convertido en ciencias divulgadísimas y forman el credo de los obreros rusos. En Rusia los ateos alcanzan la cifra de cuatro millones; es toda una revolución en favor del ateísmo. La juventud ha empezado ya a oponerse a la corriente, ya hay millares de jóvenes que se han constituido fuera de los caminos oficiales, pero en el momento actual los ateos disfrutan de los favores gubernamentales y por eso triunfan. Todo les favorece, no sólo el dinero del Gobierno, sino recursos muy copiosos de todo género, permisos para las demostraciones anti-religiosas, prohibición a los creyentes de manifestar públicamente sus convicciones; a los pocos sacerdotes que hay todavía en Rusia, les han quitado la carta de viveres, el único modo de vivir en aquel régimen. Los ateos, por el contrario, reciben múltiples favores; son los niños mimados de Rusia.

Pero lo más triste es el ataque simultáneo de todos los ateos en el mundo contra la religión. Deben dirigirse en primer término contra los sacerdotes, ridiculizarlos, atacarles personalmente de todos modos, descubrir sus flaquezas, inventando y calumniando en lo posible. En la Europa Central ya vemos los principios de esta guerra sorda y páfida. En Austria y Checoslovaquia las denuncias contra los sacerdotes son frecuentes, los sacerdotes tienen que invocar a los tribunales para defender su honor, pero estos casos se irán multiplicando de tal manera que la Iglesia tendrá que luchar terriblemente para defender el honor de sus hijos. Además emplearán todos los artificios para quitar la religión a los niños. Tenemos, pues que prepararnos a una nueva persecución de los librepensadores internacionales. Será una nueva era de la defensa de la Iglesia.

Froberger

Y eso fué todo

La cosa pasó llana y sencillamente, como ocurren todos los acontecimientos, aun los más importantes de la vida.

El párroco le había dicho:

—Y sobre todo, hija mía, conviér-

teme a tu marido, empújalo a la Misión, haz que cumpla con la Iglesia este año...

—Pídele usted imposibles, don Manuel—opuso ella.

—Para Dios no hay nada imposible.

—Pero este hombre mío se resiste a todo, de todo se burla, de todo se mofa y a la menor alusión en que barrunte cristiandad o religión jura como un carretero y prefiero estar muda ante él... Hace dos días me dejó caer así, como sin importancia, que venía un predicador famoso y ¿sabe usted lo que me soltó?

—No los digas, me lo figuro... ¡Ah, cabeza loca, tan enamorada de Juan novio contra viento y marea, á pesar de todos los consejos de cuantos te querían de verdad! Ahora tienes que soportar a Juan marido...

—Lo soporto y continúo enamorada de él... ¡Por eso lloro su perdición!

—Pues no se perderá.

—¡Si no tolera ni media palabra mía!

—No tienes que hablarle.

—Entonces...

—Entonces dime: ¿qué tiempo tiene vuestro pequeño?

—El mayor dos años...

—Te pregunto por el otro.

—Cinco meses.

—¿Lo quiere mucho tu marido?

—Con exageración.

—¿Lo coge en brazos?

—A todas horas y lo aprjeta hasta hacerle llorar... No parece el mismo cuando le da por ahí.

—¡Muy bien!... Fíjate... Esta mañana tarde después de la Misión, cuando no quede nadie ya en la Iglesia, te acercarás con el niño, con el chiquitín... ¿Cómo se llama?

—Juanito.

—Pues te llevas a Juanito hasta la misma grada del altar de la comunión y con todo cuidado lo colocas durante unos instantos sobre el mismo mantel, bien junto al tabernáculo...

—¡Bah, eso no puede ser!

—Calla... Y tú te arrodillas entonces y suplicas con el mayor empeño: «¡Señor, tened misericordia de mi esposo!»

—De mi marido.

—Bueno, de tu marido... Luego coges al pequeño, te vas a casa y deja que su padre lo tome en brazos.
—¿Y nada más?
—Nada más.

* * *

Hacía un rato que Juan el obrero, seguido de su rubio primojénito, andaba trasteando por su humilde vivienda.

—¿De modo que no sabes adonde fué mamá?

—No...

—¡Muy bonito! A ti te deja con una vecina y ella de pindongueo... ¿Te parece bien?

No tuvo tiempo el niño de mostrar su opinión.

Se abrió la puerta y entró la señora de la casa.

—¿De dónde vienes a estas horas?

—interrogó el marido.

Ella le contestó con otro interrogante:

—¿Quieres tener al chico mientras último la cena y preparo la mesa?

Y Juanito, asomando su indiferente y gordezuela faz entre la nube del blanco toquillón que aprisionaba su diminuta y frágil personilla, pasó de unos brazos a otros.

—¡Ven aquí, que vales más pesetas que las que hay en el Banco de España! ¡Ven con tu padre, corazón, sol, lucero!...

—¿Y yó? ¿y yó?—reclamaba celosillo, el otro.

—Tú también, corazón... Anda, besa a Juanito, así, como papá, y abrázalo, así, como papá también, más fuerte...

Y el mamoncillo, impregnado todo él de effuvios de sagrario, ni lloraba siquiera.

A la noche siguiente, igual escena.

—¿Con quién te podré comparar yo, precioso?—le acariciaba Juan.

Y la madre terció:

—Con un ángel, porque realmente lo es.

Y el padre, sin resollar palabra, estrechó al niño contra su pecho más árdorosamente.

¿Trabajaba la gracia?

Por creerlo así la esperanzada, se atrevió a insinuar durante la cena:

—¡Había hoy más hombres en la Misión!... La verdad es que ese predicador es de primera...

—Lo celebro —se limitó a contestar él con dejo irónico.

Al tercer día, recibió Juan de nuevo a su pequeño, pequeña flor fragante de eucarística gracia, y sin razón externa alguna, sin motivo aparente, se sintió hondamente conmovido al abrazarlo y — ¡estupendo suceso! — el pedernal dió lágrimas.

—¿Seré idiota?—se resistía interiormente.

Mas su mujer, que observaba gozoza, arreciaba en la súplica, también calladamente:

—¡Señor, misericordia, misericordia!...

* * *

A la otra tarde, sin decir nada, a escondidas de todos, Juan se marchó al sermón.

Ese día, Juanito no pudo ser colocado sobre el ara. Había confesiones y la iglesia continuaba invadida de fieles.

Regresó, pues, la esposa del obrero, de noche ya, a su casa.

El marido no estaba.

Llamó al hijo mayor que se quedó jugando con los chicos de la amiga vecina.

—¿No ha venido papá?

—No...

No lo esperaron mucho.

A los pocos instantes se abrió la puerta precipitadamente y entró Juan, los brazos extendidos. Y estrujando en el mismo brazo a la esposa y los hijos, exclamó satisfecho:

—¡Vengo de confesarme!

J. Le Brun.

CASOS Y COSAS

¡Veinte mil Kilos oro!

Esa cantidad han enviado los soviets a Berlín en lingotes.

Y entre tanto los pobres rusos muriéndose de hambre.

¿Qué importa a los comunistas de Rusia la muerte de millares y la miseria de millones de hombres?

El comunismo así como tala los bosques, quiere la tala de los seres vivientes.

Y lo va a conseguir.

No se tardará mucho en que Rusia sea una inmensa estepa.

El genio destructor de Lenine habrá realizado su obra, y sobre su tumba fría se podrá escribir: "Un redentor al revés."

Se ha vuelto a abrir el Ateneo.

Los revoltosos de ayer han garantizado ser buenos chicos en adelante.

El Ateneo dicen será un centro de estudios. Leer, leer mucho: eso harán los ateneístas, y hablar poco.

Las lenguas quietas y los codos ca-lientes. ¡Qué bien!

¿Tendrán paciencia para callar? ¡Que te crees tu eso!

Mientras dure el peligro de que les sea suprimida la subvención y de que de nuevo sean cerradas las puertás puede que se contenten con chillar en los rincones; pero en cuanto tomen tierra y se les serene el espíritu y se pase el susto de ver aparecer los tricornos de la Guardia Civil comenzarán de nuevo sus hazañas favoritas.

Aquello fué siempre una escandalosa cacharrería y un blasfemadero público y no se curan tan pronto las enfermedades crónicas.

Las revueltas en las repúblicas americanas siguen a la orden del día.

Ahora le ha tocado la rueda de la fortuna a El Perú.

República y revuelta parecen dos cosas sinónimas.

Pues si a España viniese la República, serían pan pintado las revueltas americanas.

Allí hay una cada año; aquí habría una cada mes o cada semana.

Aquí no hay dos docenas de republicanos que opinen igual.

Ni dos jefes que estén de acuerdo en la sucesión del mando.

No convienen más que en una palabra negativa, en que son antimonárquicos.

¿Que están de baja las monarquías?

Pero si ahora hay una en cada pueblo y otra en cada provincia y varias docenas en cada nación... Monarquías femeninas. Reinas de la belleza.

Y en Francia y en Estados Unidos y en Suiza, y en Alemania y en Suecia, en todas las repúblicas de allende y aquende los mares están a la orden del día las reinas...

Y cuanto más republicanas las naciones, más entusiastas de las Reinas.

¿Porqué no nombran Presidentas de la belleza?

Y es que las palabras «Rey» «Reina» conservan eco profundo en los pueblos, porque en las vicisitudes de la historia, han sido los reyes los que mejor han vestido el horror de la suprema magistratura, a pesar de las miserias de todas las cosas humanas...

A. Hernán

Salvajes de Formosa

Allá, a fines de Octubre, del pasado año, el telégrafo trasmitía a la prensa mundial la sublevación de los salvajes de Formosa. Acontecimiento sangriento, tan fulminante como inesperado. Era la noche del 26 de octubre. La población de Musha, situada en el centro de la Isla, en la provincia de Taichu, dormía tranquila y sosegada. Sobre las aguas cristalinas de un lago maravilloso y de poético nombre, que se halla en sus cercanías, punto turístico de Formosa, bañábase una luna muy bella. Completo silencio reinaba en las montañas vecinas, a 5.000 pies de altura sobre el nivel del mar, de vegetación exuberante y donde en madrigueras y selvas impenetrables viven los salvajes aborígenes, en número aproximado de 130.000.

El día 25 del mismo mes habían comenzado las fiestas del tercer centenario de la conquista por el célebre guerrero chino, Koyinge de la Isla del poder de los holandeses. Todo era alegría, animación, bullicio. En las escuelas primarias y superiores celebrábase carreras y juegos olímpicos. Y por esta causa, en la mañana del día 27 de Octubre, lo más granado de la población japonesa de Musha hallábase congregada en la escuela de la enseñanza, para presenciar los exámenes de sus alumnos.

De repente, oyense gritos feroces.

Luego una descarga cerrada. Improvisadamente, unos trescientos salvajes se lanzan sobre aquella muchedumbre indefensa y pacífica, causando una matanza horrible. Ni siquiera tienen compasión de los niños de pecho que duermen inocentes en los brazos de sus madres. Un pánico indescriptible se apodera de toda la población. Y los salvajes aprovechan la confusión para lanzarse al asalto de las diversas casas japonesas, dando muerte a todo el que encuentran en su camino. Solamente los Japoneses son el objeto de sus furiosos. Imposible pedir ayuda. Los rebeldes habían cortado las comunicaciones telegráficas y telefónicas, con una previsión satánica. Apoderáronse del cuartel de policía y de todo el armamento: noventa y cinco cartuchos y ciento cincuenta fusiles. Y luego, talando y destrozando cuanto a su paso hallaran, retiráronse en cuatro direcciones hacia sus selvas impenetrables. Todo había sido cuestión de unas dos horas. Sobre el campo yacían unos trescientos cadáveres. Algunas cabezas habían sido cortadas y llevadas como trofeos de la victoria. Una mujer japonesa estuvo casi todo el día recostada sobre los cadáveres de su marido y de su hijo fingiéndose muerta, hasta que, amparándose en las sombras de una noche sinestra, tenuamente iluminada por una pálida luna, pudo alejarse de aquel escenario de tristes recuerdos. La venganza salvaje había sido preparada y dirigida con un arrojo feroz. En ella participaron solamente siete rancherías de las cinco y pico que tiene la tribu de Bunan. Dato muy significativo y trágico a la vez, del furor que animaba a estos salvajes, es el siguiente: 130 de sus mujeres—según rumores fundados—suicidáronse envenenadas ante sus propios maridos, juntamente con sus niños menores, para con este ejemplo animar y enardecer más a los hombres a una lucha desesperada contra los opresores.

El día 28 comenzó la ofensiva contra las tribus sublevadas. Fuerzas de policía, a las que se unieron numerosas tropas con artillería y aviación, fueron concentradas en las inmediaciones de su territorio. Mas los salvajes favorecidos por la situación topográfica, propicia para la lucha de guerrillas, mantuviéronse aun en actitud belicosa por espacio de unas tres semanas inquietando a las tropas con golpes de mano muy audaces. En un periódico del 19 de noviembre publicábase un detalle que pone también de manifiesto su carácter fiero e indómito. Tres comisionados pre-

sentáronse en nombre del general japonés a uno de los jefes rebeldes con proposiciones de paz y clemencia, si se sometían y deponían las armas. ¡"Insolentes"! para eso creéis vosotros que he matado yo a mi mujer y a mi hijos? "Marchaos de aquí y no volváis más a mi presencia, con semejante propuesta", fué la arrogante respuesta que obtuvieron. Pero acorralados, poco a poco, por las tropas japonesas, hubieron de internarse en sus barrancos y bosques infranqueables.

Imposible determinar las causas de este levantamiento. Indícanse varias algunas de índole delicada, otras de carácter social económico, por ejemplo la desigualdad de salarios fijados para los aborígenes; tampoco sería extraño el que en esta revuelta hayan mediado los intereses particulares de algunos cabecillas, directores del movimiento.

Sea de ello lo que fuere, no dejaremos de registrar la influencia enorme que en todas partes y en todos los siglos ha ejercido la religión católica en la pacificación de los espíritus. Por razones que no queremos discutir, el Gobierno Japonés tiene prohibida la entrada tanto a los misioneros católicos, como a los protestantes en aquella región habitada por dichos salvajes semi civilizados. Sin embargo por el carácter de los indígenas civilizados que viven al pie del monte, al sur de la Isla y entre los cuales existe una cristiandad muy numerosa, desde hace unos sesenta y dos años, dedúcese que son tímidos y humildes y de no difícil modelar en sus costumbres e instintos sanguinarios.

Hace unos años el Gobierno japonés intentó, inútilmente, reducirlos por la fuerza de las armas, enviando contra ellos un ejército muy numeroso. Luego cambió de táctica y procedió a la instalación de puestos de policía, reforzados, sobre todo, por el establecimiento de numerosas escuelas en las que, naturalmente, se hace caso omiso de toda idea religiosa y mucho más de la católica. Y por las pruebas tan recientes, como sangrientas que aquellos rebeldes acaban de dar se ve, cuán lejos se hallan de una pacificación intentada, a espaldas de la única idea pacificadora, encerrada en la religión de Cristo, predicada por los misioneros católicos.

(Fides)